



El juego de las potencias

Gran Bretaña

Durante el Porfiriato se impuso el orden fiscal en México, y por otra parte Gran Bretaña se encontraba en la cúspide de su esplendor imperial. Sin embargo al finalizar el siglo XIX Gran Bretaña ya se enfrentaba a una lucha defensiva, tanto en lo político como en lo económico, con las nuevas potencias mundiales que emergían, en particular Estados Unidos y Alemania. De la lucha silenciosa entre ellas, México fue uno de sus múltiples campos de fricción.

“La caída del Gobierno de Porfirio Díaz en mayo de 1911 –dice Lorenzo Meyer–¹ significó para los británicos la pérdida de la relación especial que habían logrado establecer con Díaz en lo particular y con una gran parte importante de la oligarquía del antiguo régimen en general. El origen de tal relación había sido el deseo de la élite porfirista de dar un trato favorable al capital británico, como medicina para introducir un necesario contrapeso frente a la creciente influencia económica y política... de Estados Unidos. La desaparición del régimen porfirista y la transformación del movimiento insurreccional encabezado por... Madero en una verdadera revolución, sorprendió tanto a la oligarquía mexicana como a los representantes e inversionistas de las grandes potencias. Sin embargo, dada la vecindad con Estados Unidos y lo pujante de su economía, más la lejanía británica y los sobreextendido de... (su) presencia internacional, condujo a una situación en la cual a los norteamericanos les fue posible interferir en (Méjico) en defensa de sus (propios) intereses económicos y estratégicos... de manera constante –aunque

¹ Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, libro en prensa en El Colegio de México y que por generosidad de su autor pude consultar en su versión aun inédita, t. I, introducción.

no siempre lograron lo que buscaban – y que en cambio a sus colegas británicos y europeos les fuera muy difícil hacer frente a los desafíos que les planteó el movimiento político y social mexicano”.

La Revolución mexicana, sigue diciendo Lorenzo Meyer, en general tuvo efectos negativos para los intereses de capital extranjero y en particular para los británicos. El periodo de la lucha armada que se inició en noviembre de 1910, no sólo significó durante un tiempo el retorno al caos político y financiero del pasado remoto, sino que avivó la fuerza de un sentimiento nacionalista que desembocó en “una feroz reglamentación de la propiedad privada y de las inversiones extranjeras”.² Por nacionalidades, los británicos controlaban en México la segunda inversión extranjera –la primera era de los norteamericanos– pero carecían de instrumentos para protegerla de la turbulencia que se desató a la caída de Díaz, de ahí que en el fondo resultaron los más afectados al quedar a merced de lo que los norteamericanos decidieran hacer en favor de los demás extranjeros.

En 1910 el ejército y la armada británicos contaban con 570,000 efectivos, que no eran suficientes para sostener su imperio a través del mundo. De hecho el dominio de Gran Bretaña se sostuvo por su compleja red de intereses y la de sus empresarios, con las élites locales. Para el grupo gobernante del porfiriato la presencia de la inversión proveniente de Londres, así como el acceso al mercado de capitales de ese centro financiero, resultaron uno de los elementos centrales de su estrategia de desarrollo económico y de balance de las diversas influencias a las que su entorno exterior sometía a México. Pero la revolución cambió no sólo a la élite sino a la definición del interés nacional, y la relación entre México y Gran Bretaña entró en un proceso caracterizado por conflictos, de los cuales realmente se libraría hasta que la presencia británica hubiera sido reducida al mínimo. Las estrechas ligas que habían existido entre Porfirio Díaz y el capital inglés resultaron un obstáculo para ganarles a los británicos la mínima voluntad de la élite política que acabaría sustituyendo a la del porfiriato.³

La mayor parte de las empresas británicas que operaron en México al finalizar el porfiriato fueron manejadas por administradores profesionales, el más notable de ellos fue Weetman Dickinson Pearson, Lord Cowdray a partir de 1910. Sus empresas abarcaron todos los campos de la economía mexicana y tanto su establecimiento como la supervisión estuvieron en manos de él y de su familia. La red de intereses de Cowdray en México sólo fue parte de la más amplia de carácter mundial. Su fortuna nada más en nuestro país ascendió a más de 20 millones de libras esterlinas.

² Paul Kennedy, *The rise and fall of the great powers*, c f., Meyer, *op. cit.*, t. I, introducción.

³ Meyer, *op. cit.*, t. I, introducción.

Los negocios de Pearson se iniciaron en nuestro país con la construcción del canal del desagüe del Valle de México y se continuaron con la reconstrucción del puerto de Veracruz y la del Ferrocarril de Tehuantepec, con sus puertos terminales de Salina Cruz en el Océano Pacífico y de Coatzacoalcos en el Golfo de México. En cuanto a ese ferrocarril, Cowdray logró además la concesión para operarlo durante 50 años. Por otra parte, en 1901 inicio la búsqueda de terrenos petrolíferos en Tehuantepec para operar el ferrocarril del mismo nombre –como ya lo estaba haciendo en Tampico el norteamericano Edward L. Doheny– para otros ferrocarriles mexicanos. Cowdray no tardó en iniciar la explotación petrolera en gran escala, para la cual ya había obtenido del Gobierno de Díaz la concesión de terrenos nacionales para explotar y extraer combustible en amplias zonas de Veracruz, Tabasco, Chiapas, Campeche, Tamaulipas y San Luis Potosí, además de que había comprado 300,000 hectáreas de posibles terrenos petrolíferos y alquilado a particulares medio millón de hectáreas.

Como en la primera década del siglo XX la Compañía Mexicana de Petróleo El Águila producía más petróleo del que necesitaba para operar el Ferrocarril de Tehuantepec, Cowdray emprendió otro negocio, el de refinería y distribución de petróleo para surtir al modesto mercado mexicano –cosa que lo llevó con éxito al enfrentamiento de la guerra feroz de precios con la Pierce Oil Company, ligada a la Standard Oil de Nueva Jersey– y luego al mercado internacional.



Weetman D. Pearson
poderoso capitalista
británico con grandes
inversiones en México.

A la caída de Díaz, Cowdray no sólo era el mayor contratista del Gobierno de México, sino que sus empresas abarcaban muchos ramos: generación eléctrica, manufactura de yute, plantaciones, tranvías, ferrocarriles y otras empresas menores. Sin duda que su éxito se debió al capital y a la habilidad de Pearson, pero quizás más aún al trato preferencial que le dio Díaz para equilibrar la creciente presencia norteamericana, concluye Lorenzo Meyer.⁴

La primera preocupación del Gobierno británico, aún durante el Gobierno de Díaz fue el desarrollo de un sentimiento antiextranjero por las medidas que, entre otros, estaban promoviendo José Yves Limantour y el gobernador de Yucatán, Olegario Molina, para la creación de los Ferrocarriles Nacionales de México, cosa que se logró, y para la modificación de la Ley minera, que entonces no se obtuvo, para darle mayor oportunidad al capital nacional sobre el extranjero, sin contar con que ya el lema popular de aquellos días era el de "México para los Mexicanos". Sin embargo, la atención del Gobierno británico pronto se centró en un tema más apremiante como era la estabilidad de régimen porque se percató de que se estaban gestando problemas serios, comentó *The Economist* en junio de 1910 al referirse a la situación de los mayas en Yucatán. Al iniciarse el movimiento armado la prensa londinense le dio una cobertura relativamente amplia, atribuyéndolo al descontento contra el régimen de Díaz, pero desde México Cowdray procuró influir para que las futuras noticias que aparecieran en *The Times* o en *The Economist* fueran más tranquilizadoras, asegurándoles a los correspondentes que antes de que concluyera el año de 1910 el Gobierno de Díaz fusilaría a Madero.

Los diplomáticos británicos también se mostraron optimistas en que Díaz dominaría la situación entre noviembre de 1910 y marzo de 1911, pero a partir de este último mes se empezaron a percatar de que le sería imposible y que además la situación interna de México provocaría la invasión militar de Estados Unidos. Con ella los norteamericanos consolidarían su posición preponderante en México contra los intereses de Gran Bretaña.⁵

Los temores acerca de la invasión norteamericana tomaron cuerpo el 8 de marzo de 1911, fecha en que Taft ordenó la movilización de tropas y de barcos de guerra. Para el embajador británico en Washington, James Bryce, la abrupta noticia impactó al pueblo norteamericano y la relacionó con que el gobierno mexicano estaba al borde del colapso, la criticó ferozmente y dudó que fuera sincero el propósito de "maniobras" que adujo Taft. Pero lo más preocupante para Bryce era que la prensa norteamericana atribuyó la movilización a las presiones que había ejercido Cowdray para que el Gobierno británico le exigiera al de Estados Unidos que cumpliera con el compromiso que había asumido al formular la Doctrina de Mon-

⁴ *Ibid.*, t. I, cap. II.

⁵ Loc. cit.

roe, o sea el de mantener la paz en Latinoamérica, porque de lo contrario Europa estaría justificada para intervenir en México.⁶ En realidad para los británicos en general y para Cowdray en particular, la invasión de Estados Unidos en México no era la mejor solución, tanto por el predominio que adquiría Estados Unidos como porque sería el detonador de un levantamiento popular contra los extranjeros, que les causaría daños incalculables.⁷ Por instrucciones de su Gobierno Bryce declaró a la prensa que la injerencia británica en la citada movilización “carecía de fundamento”.⁸

Thomas Beaumont Hohler, encargado de negocios británico en México desde mediados de enero de 1911, aseguró hasta la caída del Porfiriato –contra la opinión en Henry Lane Wilson– que los intereses de sus conciudadanos eran respetados y que las minas trabajaban normalmente;⁹ y que sólo entre abril y mayo había pedido protección al Gobierno de México para los residentes británicos en lugares aislados de Sinaloa, Durango y Chihuahua.¹⁰ Una de las mayores fricciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña se presentó en abril de 1911, cuando Cowdray se entrevistó con Taft y algunos miembros de su gabinete para quejarse de la actitud del embajador Wilson, porque sus juicios sobre la seguridad de los extranjeros en México no correspondían a los de Hohler ni a los del cuerpo diplomático acreditado en México.¹¹

La medida más drástica que tomaron los británicos fue la del 16 de abril de 1911, a petición de la empresa también británica Mexican Land and Colonization, y consistió en ordenar al buque de la armada real “Shearwater”, que estaba anclado en las costas de Baja California, que desembarcara marines durante 17 horas en San Quintín ante la posibilidad de que los floresmagonistas atacaran la población. El ataque nunca tuvo lugar, pero la población de San Quintín amenazó a los marines. El Gobierno mexicano protestó por violación a su Soberanía. El hecho demostró que Gran Bretaña estaba dispuesta a proteger los intereses extranjeros si los gobiernos de México o de Estados Unidos no se las proporcionaban, sin importarle la Doctrina de Monroe. Sin embargo, la Foreign Office tomó la precaución de informarle inmediatamente al Gobierno norteamericano que el desembarco sólo había sido por una emergencia.¹²

⁶ Loc. cit.; Peter Calvert, *The Mexican revolution, 1910-1914. The diplomacy of Anglo-American conflict*, London, Cambridge University Press, 1968 (Cambridge Latin American Studies), p. 49.

⁷ Meyer, op. cit., t. I, p. 102.

⁸ Calvert, op. cit., p. 49; Bryce y Grey, 8-9, 14 de marzo de 1911.

⁹ Ibid., pp. 46, 58.

¹⁰ Meyer, op. cit., t. I, p. 104.

¹¹ Calvert, op. cit., pp. 65, 68-69.

¹² Meyer, op. cit., t. I, cap. II.

de que estallara una guerra entre Japón y Estados Unidos porque el primero de ellos creía oportuno atacar el Canal antes de que el segundo lo terminara de construir, y que para llevar a cabo el ataque había un tratado secreto entre Japón y México, ya que este país sería la base de sus operaciones militares. Otra especulación se refirió a que México tenía buenas razones para aliarse con Japón por sus antiguos rencores con Estados Unidos, sumados a que el citado Canal de Panamá le restaría importancia al Ferrocarril de Tehuantepec y que para construir el Canal, Estados Unidos ni siquiera había tenido la atención de consultarle a Porfirio Díaz. Por si fuera poco, también elucubraron sobre los trabajos de unas expediciones topográficas japonesas que trabajaron en la costa mexicana del Pacífico y porque a lo largo de ella había demasiados japoneses. En 1909 se aseguró que "suave y tácticamente" Japón conquistaría la costa occidental de Estados Unidos y éste fue el argumento básico que utilizaron los expansionistas y estrategas norteamericanos que pretendían establecer un poderío naval sustancial en las costas del Pacífico y del Atlántico de su país.¹⁴ Por otra parte, al estallar la Revolución mexicana había aproximadamente 3,000 japoneses en el país y el 28 de diciembre de 1910 los alumnos de los barcos japoneses "Asama" y "Kasagi" le hicieron una visita de cortesía a Porfirio Díaz, a la cual se le dio una importancia más allá de lo usual y que indicaba una amistad especial, lo que hizo concebir mayores temores a Estados Unidos.¹⁵ Finalmente, en 1911 se rumoreó que sospechosamente japoneses cultos y educados estaban suplantando a los mexicanos en tiendas y mercados y que Japón estaba dispuesto a armar a los mexicanos, tanto federales como revolucionarios en su lucha contra Estados Unidos.¹⁶

La movilización de tropas y de barcos de guerra que ordenó Taft el 8 de marzo de 1911 se atribuyó, entre otras causas, al tratado secreto entre México y Japón, en el que nuestro Gobierno permitiría a los japoneses establecerse en algunos puertos de Baja California y para su abastecimiento les concedería privilegios especiales en el Ferrocarril de Tehuantepec. Japón en cambio aportaría fuerzas de mar y tierra si México rompía relaciones con Estados Unidos.¹⁷

Para la opinión pública norteamericana las supuestas maniobras que ordenó Taft, según el cónsul japonés en Portland, estaban encaminadas a frenar las intenciones japonesas respecto a la colaboración de México, que 50,000 japoneses hacían ejercicios militares en la costa del Pacífico de México, que dos barcos de guerra japoneses probablemente iban rumbo a México, etc. Esos rumores, concluyó el cónsul japonés, estaban orientados a intensificar la hostilidad norteamericana hacia Japón para que Estados Unidos se rearmara, tanto por su

¹⁴ Miles C.E. Dobson, *At the edge of the pit*, cf., Kunimoto, op. cit., p. 250.

¹⁵ Kunimoto, op. cit., p. 144.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 102-103.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 103-104, Friedrich Katz, *La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, t. I, trad. Isabel Fraire, México, Ediciones Era, 1988, p. 100.

política imperialista de los últimos años como por las presiones de los constructores navales, y finalmente que Alemania originaba o promovía para su provecho esos rumores de la alianza de México y Japón.¹⁸ En fin, para el 4 de abril de 1911 la opinión pública norteamericana "se aproximaba paulatinamente a un estado de histeria antijaponesa".¹⁹

El 10 de abril *The Washington Post* volvió a la carga de que había un tratado secreto entre México y Japón contra Estados Unidos, asegurando que Henry Lane Wilson lo había sustraído de la Secretaría de Relaciones de México y después de fotografiarlo lo devolvió.²⁰ Al día siguiente *The New York Times* comentó que el representante y anteriormente jefe del Comité de Asuntos Extranjeros de la Cámara, David H. Foster, declaró que existía una conspiración criminal para llevar a Estados Unidos a la guerra con Japón y que el Departamento de Marina, sin citar a alguien en particular, ya había hecho ver la necesidad de fabricar dos barcos de guerra al año y que se solicitaría al Congreso el aumento de fondos para la Marina y para la Armada.²¹

Henry Lane Wilson informó hasta el 13 de junio de 1911, cuando ya había caído Porfirio Díaz, que los artículos sensacionalistas del *Washington Post* del 10 de abril, cuyo autor era el corresponsal de prensa Ritchie, y del *New York Times* del día siguiente, sobre el tratado secreto entre México y Japón se habían basado, según le había dicho Ritchie, en la información proporcionada por el agregado militar de la embajada alemana en Washington, mayor Herwarth von Bittenfeld, y que además el propio Ritchie había visto en Texas el citado tratado secreto.²² Años después, en 1918, Wilson le escribió a Knox para negar rotundamente su participación en lo relativo a dicho tratado,²³ y además refutó las aseveraciones del libro del agente secreto de Alemania y posteriormente de los aliados, Horst von der Goltz, *My adventure as a German secret service agent*, publicado en 1916, según el cual las negociaciones para el tratado se llevaron a cabo en París con José Yves Limantour y representantes del Gobierno japonés y que éste le había ordenado a Goltz que consiguiera una copia del tratado final aunque tuviera que recurrir a la violencia y se lo entregara a Henry Lane Wilson. El embajador concluyó asegurando que todo había sido una invención, "un vaudeville diplomático barato", y que lo aclaraba porque no quería ver involucrados en él ni al Departamento de Estado ni a la embajada de Estados Unidos en México.²⁴

¹⁸ Katz, *op. cit.*, p. 101.

¹⁹ *Ibid.*, p. 99.

²⁰ Barbara Tuchmann, *El telegrama Zimmermann*, cf. Kunimoto p. 106. Otra versión dice que Limantour se lo proporcionó, cf., Katz, *op. cit.*

²¹ "Proceedings of the Conference on International Relations held at Cornell University", 15-30 de junio de 1911, cf., Kunimoto, *op. cit.*, pp. 105-107.

²² Kunimoto, *op. cit.*, p. 109.

²³ *Ibid.*, p. 107.

²⁴ *Ibid.*, p. 109.

El encargado de negocios de Alemania en México, J. Flöcker, intentó aprovechar la visita que haría a nuestro país el escuadrón naval alemán del Lejano Oriente para tratar que su Gobierno mandara oficiales para adiestrar a la marina de guerra mexicana. Flöcker se basaba en que para el Secretario de Relaciones de México era conveniente demostrarle a Estados Unidos que nuestro país ya no vivía en el aislamiento y tenía amigos poderosos. Pero el Gobierno alemán no sólo no autorizó a Flöcker para gestionar el asunto de los instructores, sino que pretendió restarle importancia a la visita del escuadrón naval para que no fuera a tomar "el cariz de una demostración, de la cual los Estados Unidos y en especial la prensa norteamericana puedan sacar conclusiones equivocadas", y por lo tanto el encargado de negocios ni siquiera presentó a Porfirio Díaz la invitación para que visitara el buque insignia en enero de 1904.²⁸ A pesar de todo en diciembre de 1906 Díaz informó al ministro alemán en México, Feiherr von Wangenheim, que proponía establecer el servicio militar obligatorio y le preguntó si Alemania estaría dispuesta a enviar instructores. La proposición no sólo le satisfizo al Ministro alemán, sino también al kaiser Guillermo II, pero antes de un año los alemanes cambiaron de actitud para evitar un enfrentamiento con Estados Unidos. Actitud que fue secundada por los alemanes tenedores de bonos del Gobierno mexicano porque los gastos militares aumentarían el presupuesto del Gobierno y disminuirían la seguridad de dichos bonos. El Ministro de Relaciones de Alemania fue de la misma opinión y aconsejó que el ejército mexicano se reorganizara por sí mismo, y solamente que Porfirio Díaz se decidiera a contratar instructores franceses, vería la posibilidad de mandar a los de su país. En 1907 México optó por los franceses y en consecuencia Alemania trató de ganarle la partida, porque además consideró que como en esos días eran muy tensas las relaciones entre Japón y Estados Unidos, éstos no podrían emprender ninguna acción contra el avance alemán en México. Finalmente en 1908 Porfirio Díaz abandonó la idea de establecer el servicio militar obligatorio y por lo tanto no vinieron instructores alemanes ni franceses.²⁹

El mayor éxito de las relaciones comerciales de Alemania con México fue la exportación, la que entre 1910 y 1911 llegó a significar para México el 12.9% de sus importaciones. Sin embargo, Alemania fracasó en lo que más le importaba, la venta de armamento, en la que tuvo como rival a Francia, y sus fábricas de Saint Chamond equiparon de artillería al ejército porfirista, porque entre otras causas, los científicos tenían ligas muy estrechas con los financieros franceses y se llegó a decir que el general Manuel Mondragón, jefe de compras de la Secretaría de Guerra, tenía importantes inversiones en las fábricas de Saint Chamond.

²⁸ *Ibid.*, p. 86.

²⁹ *Ibid.*, pp. 85-89.



El kaiser Guillermo II trató de conseguir el apoyo de Estados Unidos, lo que profundizó su antagonismo con Japón e involucró a México.

En el fracaso alemán para las ventas de armamento a México también hay que considerar otras causas, como fueron la mala calidad del que producían las fábricas Krupp, el no haber llegado a un acuerdo con el Gobierno mexicano respecto a las comisiones, la actitud ambigua de los banqueros alemanes que en 1888 se opusieron a la venta de armas y en cambio en 1893, cuando Bleischröeder hizo su primer préstamo a México, regaló dos cañones Krupp al ejército mexicano y presentó al representante de la fábrica con altos funcionarios mexicanos. Finalmente, los alemanes se acercaron al Secretario de Guerra de México, Bernardo Reyes, y lograron un contrato para la venta de rifles Mauser el 5 de octubre de 1902, pero al renunciar Reyes a dicha secretaría el 10. de enero de 1903 perdieron toda posibilidad para el futuro y el Ministro alemán en México Bünz, concluyó en 1909 “no hay gran cosa que esperar... mientras Limantour y Mondragón controlen las finanzas y el ejército mexicano, ambos están orientados hacia Francia”.

A pesar de todo, poco antes del inicio de la revolución, Alemania logró superar a Francia e Inglaterra en el volumen de las exportaciones a México, sólo Estados Unidos la aventajó. Sus mayores éxitos fueron en el mercado privado, o sea venta de artículos de consumo y bienes de capital para la industria mexicana. La proporción de productos alemanes que consumían las compañías extranjeras que operaban en México, fue mayor que la participación alemana en inversión extranjera, pero en lo referente a compras del Gobierno era menor que la que indicaba su posición en el sistema financiero de México. La desproporción se explica por diversos factores: la rápida expansión de la industria alemana en la primera década del siglo XX que llevó al avance de los productos alemanes a expensas de las industrias más antiguas, británica y francesa; los comerciantes alemanes después de su derrota en la década de 1880 se consolidaron a principios del siglo XX y ejercieron una influencia decisiva. Por último, la inversión alemana directa y los préstamos alemanes a México tuvieron repercusiones aunque fueran secundarias.³⁰

El estallido de la Revolución mexicana tomó por sorpresa a los diplomáticos alemanes que en “su mayoría eran profundamente conservadores y... racistas”. El Ministro en México, Karl Bünz dijo a mediados de noviembre de 1910 que el país no estaba preparado para un Gobierno democrático y que el pueblo jamás sería capaz de derrocar al régimen de Díaz. La masa de pueblo era demasiado sumisa, carente de razón y que “al solo intento de aflojar el riguroso control de la policía o eliminar los saludables efectos de la mano de hierro de don Porfirio, estallaría el caos”.

³⁰ *Ibid.*, pp. 81-84.

Bünz y otros diplomáticos alemanes no se daban cuenta de que el régimen de Díaz se estaba desmoronando y cuando se percataron de su inevitable fin, trasladaron su confianza a los revolucionarios, seguros de que estos conservarían las características esenciales del antiguo régimen, sobre todo en lo concerniente a los extranjeros. A finales de febrero de 1911, dijo el agregado militar de la Legación alemana en México, Bruschhausen: "parece un hecho claro que en treinta años de trabajo pacífico, no sólo el actual gobierno ha aprendido a apreciar el valor del trabajo pacífico de los extranjeros... sino también aquel sector de la población que influye en los asuntos del poder político. Pues los disturbios no se orientan en lo más mínimo contra los extranjeros ni contra las propiedades extranjeras". Los revolucionarios –añadió el agregado militar– desean la eliminación de ciertas injusticias, pero no aniquilar el sistema porfirista. Otro tanto aseguró el nuevo Ministro alemán en México, Paul von Hintze el 19 de mayo de 1911, diciendo que Madero iba a gobernar como Porfirio Díaz y que la prensa debía resaltar los méritos de éste, respecto a la protección que otorgó al capital extranjero, pero sin poner en entredicho la buena fe, el patriotismo y las buenas intenciones de los revolucionarios.³¹

De lo expuesto se pueden sacar dos conclusiones: en primer término que los alemanes no fueron víctimas señaladas de la lucha armada y en segundo, que la



El ministro alemán en México Paul von Hintze influyó para que la política de su país favoreciera a los maderistas.

³¹ *Ibid.*, pp. 94-97.

política alemana cambió positivamente hacia los maderistas. Lo último pudo deberse al origen social de madero y a la estrecha colaboración comercial que sus familiares tuvieron con el Deutsch-Südamerikanische Bank y que el propio Madero mantuvo durante la revolución. En fin, la actitud de los comerciantes, diplomáticos y financieros alemanes fue favorable a la revolución, sólo su cancillería la retardó, puesto que con motivo del embarque en Hamburgo de un posible contrabando de armas para los revolucionarios a finales de marzo de 1911, el cónsul porfirista inútilmente trató de impedirlo por medio del alcalde del citado puerto, quien no sólo se negó a impedir su salida, aduciendo que no había ningún impedimento legal, sino aún a darle información. La actitud del alcalde demostró por una parte el nuevo sentir de los comerciantes respecto a Porfirio Díaz y por la otra que la industria de guerra y las compañías de navegación alemanas obtenían considerables ganancias gracias al suministro de armas a los revolucionarios y no estaban dispuestos a abandonar tan lucrativo negocio.

El Gobierno mexicano protestó ante la cancillería alemana y ésta les ordenó a las autoridades de Hamburgo el 6 de abril de 1911 que impidieran el contrabando de dichas armas porque debido a "las intensas relaciones comerciales entre Alemania y México no conviene a nuestros intereses alimentar la revolución de México mediante el suministro de armas".³² Sin embargo, desde el mismo mes de abril la cancillería alemana cambió su papel de espectador pasivo por el de participante activo, como lo demostró al haber enviado de Ministro Plenipotenciario a México a Paul von Hintze –uno de los diplomáticos más capaces, de la confianza del kaiser y conocer de la situación en el Lejano Oriente– ya que, como se dijo, uno de los objetivos alemanes era servirse de los acontecimientos en México para provocar tensiones entre Estados Unidos y Japón para neutralizar de un golpe a sus dos rivales. Para realizar ese sueño se hizo circular en Berlín, con la entusiasta colaboración de la prensa alemana, el rumor sobre un tratado secreto en México y Japón a raíz de la orden de Taft del 8 de marzo de 1911 para movilizar tropas y barcos de guerra a la frontera y puertos mexicanos.

A los dos días de ordenada dicha movilización, una parte de la prensa de Estados Unidos dijo que la medida estaba dirigida primordialmente contra Alemania, la cual tomaría medidas aún no especificadas en caso de que sus intereses en México se vieran en peligro. *The Washington Herald* del 10 de marzo de 1911 acentuó: "se envían tropas a la frontera (mexicana) tras de que Alemania amenaza (con) actuar, pero Estados Unidos se les adelantó, y añadió que Alemania había hecho pedazos la Doctrina (de) Monroe y la había lanzado al aire". *The Washington Post* del mismo día fue más allá: "la negativa implícita de poner a los súbditos e intereses alemanes en México bajo nuestra protección, está en contradicción con la Doctrina (de) Monroe. La clara conclusión de que Alemania no duda-

³² *Ibid.*, p. 98.

ría de invadir a México es motivo de seria preocupación... una acción de esta naturaleza sería un *casus belli*".

El periódico oficioso *Kölnische Zeitung* publicó el 11 de abril de 1911 la réplica del embajador alemán en Washington, Joham Heinrich Bernstorff, que ya había aparecido en la prensa norteamericana. El periódico oficioso afirmó "que la actitud alemana ante los acontecimientos mexicanos había sido totalmente tergiversada "por nuestros amigos de la prensa amarillista inglesa" para desacreditar a Alemania. Las tropas norteamericanas jamás se hallarían en la situación de tener que defender la Doctrina (de) Monroe contra Alemania. Si se presentan disturbios en las ciudades portuarias mexicanas, en los que las autoridades locales no pudieran proteger suficientemente a los ciudadanos alemanes, Alemania tendría que considerar su recurso a un derecho claro, también reconocido siempre y sin reservas por Estados Unidos, y enviar allí buques de guerra. Pero del ejercicio de este derecho indiscutible, a la intromisión en los asuntos internos de México, hay un largo trecho, cuyo recorrido ninguna persona sensata recomendaría en Alemania. Aun cuando los disturbios actuales condujeran a una revolución total en México, aun cuando México pidiera a Estados Unidos la anexión, o aunque los norteamericanos procedieran a esta anexión contra la voluntad de los mexicanos, seguramente Alemania no sería el Don Quijote que desenvainara su espada. Es asunto de los países americanos de qué manera se tratan entre sí, y si ni siquiera en Europa nos sentimos inclinados a hacer de pacificadores, menos aún querriamos hacerlo en América. Para nosotros la Doctrina (de) Monroe no representa ningún peligro; y ya sea que se la deje dormir en los archivos o se la saque de vez en cuando para desempolvarla, para nosotros no tiene ninguna importancia. A Hintze se le comunicó a principios de mayo de 1911 que "Alemania solamente tenía intereses económicos en México".³³

³³ *Ibid.*, pp. 99-103, 111-112.